

TRIBUNA ABIERTA

¿Se nos tiene que notar!



POR ANTONIO
NARBONA

Cuanto menos se note en los medios de comunicación algo de lo que en una conversación privada es habitual, mejor se cumple con la obligación de transmitir la información con claridad y eficiencia

A los andaluces se nos nota cuando hablamos (al escribir, nada). En esto, quizás sólo nos «ganen» los porteños argentinos. Pero en el artículo del *Estatuto de Autonomía para Andalucía* no hay más que una alusión a los usos idiomáticos: Art. 213: «Los medios audiovisuales públicos promoverán el reconocimiento y uso de la modalidad lingüística andaluza, en sus diferentes hablas». De imposible cumplimiento.

La frase que da título a este escrito, oída a varios profesionales de tales medios, no va por ahí. Pero está latente en la creencia popular, y explícita en la pregunta con que F. Morales, profesor de la Universidad malagueña, cierra su libro (subvencionado por la Junta de Andalucía) *Claves del Andaluz. Historia de una Controversia*: «¿Por qué en Canal Sur se aferran a la norma castellana? ¿de quién reciben instrucciones? Y si no las reciben ¿por qué son tan ignorantes de los procesos lingüísticos?». Sin aclarar lo que entiende por «norma castellana» y en qué se distancia -¿opone, enfrenta?- de ella la *andaluza* (que no se caracteriza precisamente por su homogeneidad), resulta imposible responder. Y no procede acusar a alguien de ignorante, si no precisa a qué procesos se refiere.

¿De verdad tienen que hacerse notar, y cómo, quienes se dirigen a todos los andaluces, y a los que no lo son?

A ningún mandato (¿de quién?) obedece el que en un servicio público se procure evitar cuanto pueda chocar o chirriar a una parte de los oyentes, por ejemplo, la discordancia de *¿uh-tede se vai a í?* empleada sólo por una parte de los hablantes del occidente de Andalucía. Nadie desea dar la nota en una región en que la nivelación lingüística es creciente.

Y dado que nada notable («especial o destacable») se aprecia en el léxico o en las construcciones gramaticales, no queda más que la pronunciación. Pero en boca de un presentador de informativos «rechinarían» *arcarde, musshashho, jembra* 'hembra'... Incluso llega a chirriar [cenzó] tanto para *ensor* como para *sensor*.

Enrevesados son los vericuetos de la percepción. La ausencia de reacción -ni a favor ni en contra- a la dicción de Carolina Darías, Ministra de Sanidad, canaria, que, con seseo total y una casi sistemática «aspiración» o «pérdida» de las -s implosivas (*loh vacunado ya son un seih por sientto de la población de mah de cincuenta año*), casi a diario nos hace la *evaluación del proseso de vacunasión*, contrasta con las críticas a la de su compañera en el Gobierno, M^a Jesús Montero, andaluza, cuando, en su papel de portavoz, comunica

los acuerdos adoptados por el Gobierno. Pero los sevillanos Felipe González y Alfonso Guerra tampoco llamaban especialmente la atención. Y eso que este último, en una reciente entrevista televisada, me obligó a apurar mi capacidad inferencial para entender que con sí, to eso son sesiones había querido decir 'sí [tiene usted razón], todo eso [que me acaba de señalar] son cesiones [que mi partido ha tenido que hacer, para gobernar en coalición]'.

Por otro lado, el que casi todos se sientan tan (o más) españoles como andaluces revela que ni mucho menos excluyen (no podrían hacerlo) al «adversario» frente al que, a juzgar por los comentarios «aclaratorios» añadidos («no hay derecho a que algunos andaluces ante el micrófono se expresen igual que los de Radio Nacional de España o Telemadrid»), se ha ido construyendo la *identidad* lingüística de Andalucía. Sólo el ingenio cree que «su» español está por encima del de los demás.

Sobran argumentos (*sociolingüísticos*) para defender que cuanto menos se note en los medios de comunicación algo de lo que en una conversación privada es habitual, e incluso pasa desapercibido, mejor se cumple con la obligación de transmitir la información con claridad y eficiencia



ABC

¿Tiene alguien interés en *identificarse* con lo que no valora positivamente? Salta al oído que no aflora a través de las ondas, sino que se frena o recorta, la inclinación a «comerse sonidos» (*la 'ntáura no me la puó poné* 'la dentadura no me la puedo poner'), sobre todo si, además, se llega a poner en riesgo la cabal comprensión del mensaje (¿y yo no iba se-ná! '¿y yo no iba a cenar!' / '¿y yo no iba a hacer nada!'). Cada locutor, al emitir una secuencia como los *centros históricos de las ciudades andaluzas están muy abandonados*, opta por pronunciar o no (o realizarlas como «aspiradas») las -s finales de sílaba o palabra, y o hay opciones desleales o traidoras, porque ninguna le es «extraña».

Un antiguo Defensor del oyente y del telespectador de RTVA se declaraba partidario de hablar ante el micrófono de igual modo que tomando una cerveza en la barra de un bar con su amigo Pepe. Imagino que el que le hiciera caso recibiría el despido de inmediato.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA